

La Universidad no puede ser una isla

Los cuatro nuevos doctores honoris causa hablan de su relación con la Universidad en unos casos (De Nora y Carnicer, que han sido profesores) y de su no relación en otros (Pereira y Gamoneda). Los cuatro son claros y hasta contundentes, llegan agradecidos a la institución pero no ocultan su particular visión de la misma y hasta las carencias que ellos entienden que tiene.

Ramón Carnicer, Antonio Pereira, Eugenio de Nora y Antonio Gamoneda, por estricto orden de edad, honrarán desde la próxima semana a la Universidad de León con su presencia como nuevos doctores honoris causa. Una primera palabra común, agradecimiento. Cada cual a su manera. Carnicer agradece que aquel título de doctor que ganó un día ante un tribunal por un libro sea ahora convertido en reconocimiento a una obra y a una vida. «Hace muchos años que soy doctor por la Universidad de Barcelona, por el camino lógico de la tesis doctoral, es decir componer un libro y ser juzgado por cinco profesores. Ahora me llega este doctorado honoris causa, que yo creo que tiene más amplitud porque no versa sobre un libro sino que valora los 25 que he escrito y también mi vida académica y mi vida civil, en definitiva, la totalidad de una vida. Por ello, es un gran honor para mí, por ello y por recibirlo con otros tres amigos a los que siento no poder ver pues me ha llegado algo tarde, cuando mi estado de salud no es nada boyante».

En De Nora la gratitud viene de lejos y se renueva ahora: «Tengo una sensación de gratitud a la Universidad, algo que ya le debía desde hace tres años cuando me propuso para el Premio Castilla y León de las Letras, aunque sin ningún resultado. La noticia es más grata en cuanto lo recibo con un grupo de amigos con los que me encuentro muy bien arropado». Gamoneda hablaba el día que conoció la noticia de la generosidad y amistad de quienes le han propuesto y aceptado y Pereira saca a relucir su habitual ironía. «Gano un nuevo padrino, el doctor González Boixo, que completa a mi padrino Tomás, que nunca me dio la propina del domingo pero sí me dejó leer todos los libros de su librería en la plaza de Villafranca, y a mi padrino Germán, que es andaluz y me da jamón y buen vino cuando voy por aquella tierra. No hago más que ganar parentescos y apretar afectos».

La vinculación con la Universidad es bastante diferente en cada uno de ellos, también la visión que cada uno tiene de la institución. Gamoneda -que nunca fue universitario pues, explica, «tuve la necesidad inmediata de ganar veinte duros cuando era niño»- considera que, actualmente, «los enseñantes padecen un exceso de burocracia, a costa también de los enseñados». Es decir, que «los docentes y los discentes tienen que padecer una legislación, una

normativa muy compleja». A su juicio, «eso es algo que está en contra de la enseñanza, que nunca fue mejor que cuando consistió simplemente en que, responsabilizándose honradamente, un maestro o un catedrático hablaba con los alumnos, les enseñaba y se olvidaba de los Libros Blancos, Verdes, Negros... de esas leyes hechas con siglas que todos tienden a olvidar. Esos son algunos de los males de la Universidad, ante los cuales pienso que los responsables docentes tienen que tener una actitud heroica o entrar en el cansancio».

Carnicer y De Nora fueron profesores de las universidades de Barcelona y Berna respectivamente. El primero de ellos es contundente al afirmar que «Como todo elemento corporativo es un nudo de ambiciones, de rivalidades y, también, siempre hay gente generosa que se desentiende de lo personal y va a lo colectivo. Pero sí es cierto que en ella no todo el mundo se comporta de una manera decidida, clara y abierta contra lo que es injusto y contra lo que es una falta de solidaridad creciente». Y añade una reflexión sobre algo que ha sido una constante preocupación en su biografía. «La Universidad también mira hacia lo lujoso, lo placentero y lo grato y se desentiende mucho de los que no tienen nada; y esto es bastante triste, pues los evidentes avances científicos y técnicos no van en paralelo con la conciencia de que todos pertenecemos a una misma entidad, que es el ser humano, y prevalece el afán de poder a coste de lo que sea».

De Nora recuerda que su decisión de irse a trabajar a Suiza aclarando que lo suyo no fue un exilio- tuvo mucho que ver con el ambiente que se vivía en la Universidad española. «No me gustaba el ambiente de la Universidad española de entonces, de los años 50 y 60, enfrascada en enfrentamientos y politizada, polarizada entre los miembros pro-opus y los que éramos marxistas. Aquella institución española no se parecía en nada a la que yo encontré en Suiza, una institución independiente del poder político, con absoluta libertad para los profesores y los méritos se repartían en función del trabajo de cada uno» E introduce en el debate los dos modelos que él cree existen de Universidad, la dedicada sólo a la investigación y a la alta cultura o lo que podría ser el modelo americano, implicada en el modelo social del país. De esta última hablaba Antonio Gamoneda: «sucede que cada vez nos parecemos un poco más a las universidades super pragmáticas de América, en las cuales puede aparecer un sabio tremendo en física atómica, por ejemplo, pero que no sabe quién era Homero. ¿Qué ocurre con que no sepa quién era Homero? Pues que ese hombre tiene menos posibilidades de entender las circunstancias existenciales, y la historia, que alguien que sepa quién es Homero. Y es posible que su sabiduría en física atómica se aplique de una manera que pueda resultar incluso terrible». Y el poeta leonés realiza una defensa de la enseñanza de las humanidades, que considera muy abandonadas. «Las tecnologías y las

lenguas hegemónicas, los saberes prácticos, son necesarios. Sin embargo, ocurre que se dan creando, al mismo tiempo, un olvido de las humanidades. Humanidades que no habría que entender en un sentido totalmente antiguo, porque habría que revisarlo. ¿Qué ocurre? Que en las facultades de Lenguas, Filosofía, Historia... que son minoritarias, hay un refugio para las humanidades, pero un refugio que quizá también está condicionado por las conveniencias de la tipología de la sociedad en que vivimos. Por ejemplo, frente a lenguas cargadas de cultura, de significación histórica, como el griego o el francés, hay que hacer un espacio muy grande para la lengua pragmática, para la que se utiliza en los negocios del liberalismo capitalista, que es el inglés. Esto quiere decir que hay unas humanidades sesgadas».

No obstante, para Gamoneda esto no significa que las universidades sean malas, ni que los catedráticos y profesores sean malos. «No, Significa que existe una presión social, incluso económica, muy fuerte sobre las universidades. Esa presión social y económica tiene también, como es lógico, una versión política»

Antonio Pereira, quien tiene el título de Maestro Nacional pero nunca ejerció esta carrera, señala que «Llevo desde los 16 años asomado a la Universidad de la vida y me he pasado la vida aprendiendo. Mi Universidad ha sido el tren mixto en el que viajaba por las rutas de Galicia y demás o el Nepal o la Argentina, donde pude hablar con Borges. Siempre estuve tratando de aprender, pero ahora me doy cuenta de la importancia de la Universidad como dispensadora sistemática de conocimientos básicos que sirven a uno para aprovechar lo que ve, lo que oye y lo que observa. Es evidente que quien ha tenido la suerte de formarse en una Universidad y luego sabe mirar pues tiene doble ventaja».

Y a ese pequeño gusanillo que le ha quedado a Pereira habría que añadir el que señala Gamoneda, el otro no universitario de los cuatro nuevos doctores honoris causa: «Es una cosa pequeñita, pero importante. Yo quisiera poder leer a Virgilio, y yo no sé nada más que un poco de morfología latina ¿no? Hubiera querido saber latín. ¿Para qué? Para leer a Virgilio, lo cual no hubiera creado mucha riqueza. Digamos que estoy en el terreno de las personas que no son productivas en el sentido material, sino bueno, que estoy en la vida para añadirle algo que interesa a unos pocos, pero nada más. Y ese es mi gusanillo. No es que me hubiera gustado ser un buen latinista, sino simplemente poder leer a los autores latinos, y en especial a Virgilio, de verdad».